



Los inicios y sus olvidos

FERNANDO GARCÍA¹

Historizar la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) no es equivalente a historizar el psicoanálisis en el Uruguay. Esta primera distinción no va de suyo, ya que la gran mayoría de las publicaciones acerca de la historia del Psicoanálisis en Uruguay han sido orientadas en este sentido.

Estrictamente, la primera mención a Freud fue en 1900, y las primeras referencias al Freud psicoanalista en el área de la medicina fueron realizadas en la década de 1910 (Etchepare, 1913; Rossi, 1916; entre otras). Así, encontramos a las eminencias en la Psiquiatría de la época –Bernardo Etchepare, Santín Carlos Rossi, entre otros– utilizar algunos métodos en nombre de Freud, mencionarlo, discutirlo y cuestionarlo fervientemente. Tras algunas publicaciones que reciben el psicoanálisis con interés, se suceden las críticas típicas, acuñadas por el psiquiatra francés Pierre Janet, al pansexualismo de las teorías freudianas. Tengamos en cuenta que el contacto con las ideas psicoanalíticas en este ámbito no era a partir de una lectura directa, sino que se encontraba mediado por la psiquiatría francesa, por textos franceses, y la forma de recepción del psicoanálisis en el ámbito médico psiquiátrico francés.

Pero también encontramos otras referencias ajenas al campo médico. La hibridación disciplinar, discursiva, es inherente a la complejidad de las formas de difusión y recepción de las ideas. Los diferentes autores compartían medios de difusión, espacios institucionales o amistades, en una sociedad donde lo intelectual se acotaba a un espacio reducido. Un

1 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.

ejemplo interesante es que la primera cita a Freud que pareciera indicar una lectura directa de sus textos fue realizada por el educador y abogado Antonio Grompone en 1917², citando *La interpretación de los sueños*. O la quizás primera aparición de un diván, una escena de un cuento del escritor salteño Enrique Amorim (1923), donde el personaje se recuesta en el asiento de un coche y *comienza a hacer un psicoanálisis*. Realizo algunas menciones, ilustrativas, de cómo el psicoanálisis fue permeando de diferentes maneras en la amplitud de la intelectualidad uruguaya en las primeras décadas del siglo XX, lejano a la fundación de la APU, en 1955.

En el ámbito médico, el psicoanálisis, tanto en Viena a finales del siglo XIX como en Uruguay en las primeras décadas del siglo XX, apareció habitando una tensión. Tensión con cierto saber constituido, biologicista y positivista en pleno apogeo de la ciencia médica, de una creciente medicalización de la sociedad. Fue en este contexto que una práctica surgida del seno de lo científico instala una pregunta en torno a la causa, interroga sus fundamentos. Ese parece haber sido un camino ineludible para el psicoanálisis. Aquí en Uruguay, a través de la lectura y estudio de los trabajos de Valentín Pérez Pastorini, primera persona en definirse psicoanalista en el país, podemos ver que tuvo que atravesar un derrotero del estilo. Médico de profesión, entre las décadas del veinte y del cuarenta habitó las tensiones propias necesarias para sostener una posición psicoanalítica. A través de la lectura de sus trabajos publicados en la *Revista Médica del Uruguay* (Pérez Pastorini, 1925), de los comentarios realizados en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay* (Payssé, 1936), podemos inferir que desde mucho antes de la consolidación de un campo psicoanalítico en el Uruguay, Pérez Pastorini cuestionó ciertos fundamentos de la ciencia médica a la hora de pensar la clínica psiquiátrica. El médico mencionado, desde 1936 practicaba el psicoanálisis, vinculando su teoría y su método, considerando este último como necesario para poder hablar desde un punto de vista psicoanalítico. Este es un aspecto relevante. Tengamos en cuenta que el propio Freud en 1923 realiza una definición del psicoanálisis en la que anuda, de cierta manera, la teoría, la práctica y la experiencia analítica. Hasta ese momento,

2 Texto publicado originalmente en 1917 y republicado en 1924.

en Uruguay, no había una correlación entre teorización y clínica, se podían sacar conclusiones psicoanalíticas sin utilizar el método de Freud. En este sentido, antes de su vínculo formal con la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), Pérez Pastorini ya realizaba una práctica psicoanalítica. A mediados de la década del cuarenta, realizó su formación en Buenos Aires, lo que le significó ser reconocido como psicoanalista didacta. Aquí en Uruguay tenía en análisis didáctico a Rodolfo Agorio, Gilberto Koolhaas, y comenzando su análisis, Héctor Garbarino, quienes posteriormente se convertirían en miembros fundadores de APU. Pérez Pastorini muere tempranamente, en 1948, siete años antes de la fundación de la APU.

Entiendo que preguntarse en torno al psicoanálisis y su historia nos implica en una posición de «retorno a». Quizás este sea uno de los elementos más importantes para pensar la relevancia de lo histórico, de la historización de una práctica como la psicoanalítica. Historizar, no entendida como la descripción lineal de acontecimientos, sino como el encuentro con las profundas rupturas, las discontinuidades propias de los discursos. Retornar a los primeros textos de Freud tiene que ver precisamente con reencontrarse con el descubrimiento, incluso antes de la teorización; antes de la construcción de un corpus teórico-formal, aparecía un objeto inabordable, inesperado, tensionante. Así también sucedió en Uruguay, donde, a través de las histerias, principalmente, lo médico se mostraba fallante e insuficiente.

Como planteé anteriormente, no podemos encontrar una equivalencia entre la recepción de las ideas psicoanalíticas en el Uruguay y la historia de la APU. El mito del origen tuvo su que ver con cómo se fue construyendo una mirada histórica fundamentada en realizar una cronología de la Asociación. La llegada de los Baranger, años después de la muerte de Pérez Pastorini, a la vez que posibilitó la institucionalización y proliferación de las ideas psicoanalíticas, la formación rigurosa y profunda, también desconoció los análisis didácticos ya realizados, y en cierta posición de *borrón y cuenta nueva* dejó de lado quizás uno de los aspectos más relevantes de la consolidación del campo psicoanalítico en el Uruguay que fue, precisamente, el encuentro con un objeto impertinente, la tensión con las otras discursividades y el corrimiento necesario con relación a otras prácticas acerca del sufrimiento psíquico y la locura.

Podría pensar que la llegada de los psicoanalistas didácticos Willy y Madeleine Baranger, así como la definición de Pérez Pastorini como analista didacta por parte del psicoanalista Ángel Garma, estarían más cerca del final de la historia que del inicio. Foucault en su bello texto «¿Qué es un autor?» (1969/s. f.) nombra a Freud como un fundador de discursividad. Según el francés, el momento de la *instauración* del discurso psicoanalítico no es parte de sus transformaciones ulteriores:

En efecto, el acto de instauración es tal, en su misma esencia, que no puede no ser olvidado. Lo que lo manifiesta, lo que deriva de él, es a la vez lo que establece el desvío y lo que lo traviste. Es preciso que este olvido no accidental sea asumido en unas operaciones precisas que se pueden situar, analizar, y reducir mediante el retorno mismo a ese acto instaurador. (p. 28)

El francés considera que toda la teoría psicoanalítica posibilitada por el acto instaurador viene a obturar el encuentro con cierto momento inicial. La teoría freudiana, la posfreudiana, la local y la internacional vienen a ocupar algo de ese lugar. Entonces, ¿cómo mantener viva la fuerza del acto instaurador? Pensemos que los inicios implicaron poder diferenciarse tanto como teoría como delimitar un objeto propio. Quizás sea nuestra tarea, a la vez que construimos historias, narrativas de la APU, de sus setenta años, darles lugar a estos momentos iniciales, momentos en los cuales el psicoanálisis, al buscar diferenciarse, delineaba un objeto inabarcable. Este trabajo no solo será fecundo en tanto construcción historizante, sino que también funcionará como plataforma cada vez que sea necesaria la diferenciación y la especificación de un objeto propio del psicoanálisis. ♦

BIBLIOGRAFÍA

Amorim, E. (1923). Apasionata. En E. Amorim, *Amorim*. Latina.
 Etchepare, B. (1913). Ceguera histórica. *Revista Médica del Uruguay*, 113-119.

Foucault, M. (s. f.). ¿Qué es un autor? *El Seminario*. com.ar. http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/musicoterapia/informacion_adicional/311_escuelas_psicologicas/docs/Foucault_Que_autor.pdf (Trabajo original publicado en 1969).

- Freud, S. (2012). Dos artículos de enciclopedia: Psicoanálisis y teoría de la libido. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Grompone, A. (1924). Notas sobre ensueño. *Renacimiento*, 47. (Trabajo original publicado en 1917).
- Payssé, C. (1936). Psicogénesis de un parricidio. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 4, 35-70.
- Pérez Pastorini, V. (1925). Un caso de mutismo. *Revista Médica del Uruguay*, 28(3), 100-104.
- Rossi, S. C. (1916). Contribución al estudio del psicoanálisis. *Revista Médica del Uruguay*, 726-729.